

# MUSEO DRAMATICO.

Coleccion de Comedias del teatro extranjero.

EN LOS PRINCIPALES DE LA CORTE

*Acto de la Corte,*

## EL GALAN INVISIBLE.

COMEDIA EN DOS ACTOS

• 12 • DE LOS HERMANOS • 12 •

10.

MADRID.

D. J. CUESTA.

Calle Mayor

D. PEDRO SANZ.

Calle de Carretes, 29.

D. A. ESCAMILLA.

Calle de Carretes.

A cargo de GARCIA ESCRIBANA, Calle del Principe

1844.



# EL GALAN INVISIBLE.

COMEDIA EN DOS ACTOS.

Escrita en francés por Mr. Melesville.

Traducida por D. A. Garcia Guterroza.)

REPRESENTADA POR PRIMERA VEZ EN MADRID EN EL TEATRO DE LA CRUZ EL DIA 18 DE  
SEPTIEMBRE DE 1847.

## ACTORES.

EL BARON MARCO GERMANI . . . . .	D. J. TONDA.
CESAR DONATO . . . . .	D. J. AZNAR.
PIOTI . . . . .	D. A. CATTANAZOR.
MASCARONI . . . . .	D. J. FERRERA.
FRANCISCO . . . . .	D. J. FERNANDEZ.
ANA DEUCY . . . . .	Dona J. PEREZ.
REBECA . . . . .	Dona C. SANCHEZ.
CATALINA . . . . .	Dona M. DELAN.

POSTILLONES, PASAJEROS Y LITADOS.

El primer acto pasa en Parma; el segundo en Florencia.

## ACTO PRIMERO.

El teatro representa una sala de una posada. A cada lado una ventana; en el fondo una escalera de madera que conduce a un corredor.

### ESCENA I

MASCARONI y varios POSTILLONES.

MASCARONI.

La! ya es hora de partir. *a uno* Tu conducirás la estafeta de Roma. *a otro* Tu el correo de Milan. *a otro* Y tú, a ese viajero inglés.... Ah! cuidado sobre todo con no lastigar los caballos.

UNO.

Ya!

MASCARONI.

Así ganas tiempo.... eh?

TODOS.

Bien! bien!

MASCARONI.

Vamos, hijos míos, vamos y mostraos dignos de mi, transe los postillones, Santa Madona! es sin-

gular el efecto que produce en las piernas de los caballos un vaso de vino encerrado en el vientre del postillon. A Dios gracias, la cuadra ha quedado completamente desocupada, y los viajeros que lleguen tendran que detenerse; y como soy al mismo tiempo maestro de postas y dueño de la mejor fonda de Parma... *(se oye ruido de carruaje que se detiene a la puerta)* Que es lo que yo decía! aquí tenemos ya uno....

CATALINA, *sale corriendo.*

Signor Mascaroni, acaba de llegar una señora inglesa con su doncella.

MASCARONI.

Hazlas subir.

CATALINA.

Buen que no pueden detenerse un momento.

MASCARONE.

Ya veremos! esa es cuenta mía.

CATALINA.

Aquí estan.

## ESCENA II.

DICHOS, ANA en traje de camino y REBECA.

ANA, hablando hacia dentro.

Os digo que quiero marchar al instante.—  
Nada! se hacen sordos. Dónde está el posade-  
ro, ó el maestro de postas?

MASCARONE, saludando.

Uno y otro estan á vuestras órdenes.

ANA.

Pues bien, hacedme el favor de mudar el ti-  
ro inmediatamente: no puedo permanecer aquí  
por mas tiempo.

MASCARONE.

Perdonad, pero antes de todo es preciso  
cumplir un deber que me impone la policía de  
Parma. (cogiendo un libro grande) A dónde  
vais?

ANA.

A Florencia.

Mascarone escribe.

MASCARONE.

De dónde venís?

ANA.

De Londres.

MASCARONE.

Milady es casada?

ANA.

Viuda.

MASCARONE.

Viuda tan joven..... y tan linda! vaya! bien  
se puede apostar á que el difunto os dejó con-  
tra su gusto. (presentandola la pluma) Tened  
la bondad de firmar.

ANA, escribiendo.

Ana Dudley.

MASCARONE.

Y vos?

REBECA.

Rebeca Clumkett. Hay precision de poner  
la edad?

MASCARONE.

No; pero si quereis.....

REBECA.

No..... no hay para qué.

MASCARONE.

Muy bien: (asomándose á la ventana) que  
entre en el patio el carruaje de Milady.

ANA.

Qué estais hablando? no os acabo de de-  
cir.....

MASCARONE.

Lo que quereis es imposible; hasta dentro  
de cinco ó seis horas no puedo disponer de  
un solo caballo. (á la ventana) Que suban el  
equipage al núm. 2.

REBECA.

Cinco ó seis horas!

ANA.

Escuchad!

MASCARONE.

Es una magnífica habitacion con vistas de-  
liciosas! El gran Napoleon durmió en ella una  
noche.

ANA.

Os repito que.....

MASCARONE.

En cuanto á la comida.....

REBECA, con impaciencia.

Pero.....

MASCARONE.

Hay perdices y frutas.

ANA.

Pero no acabais de entenderme.

MASCARONE.

Ya! quereis comer en vuestra habitacion,  
es muy justo: al fin dos señoras solas.....

ANA y REBECA.

Si no es eso!

MASCARONE.

Estamos convenidos. (hablando hacia aden-  
tro) A las tres, dos cubiertos al núm. 2.  
(á Ana) Seréis servida con el mayor esmero,  
Milady: espero que quedareis contenta. (fin-  
giendo que oye que le llaman) Voy! voy! per-  
donad, vendré al instante á ponerme á vues-  
tras órdenes.

## ESCENA III.

ANA, REBECA.

REBECA.

No nos ha dejado meter baza. Habrá que  
tomarlo con paciencia.

ANA.

Estoy inquieta! tengo tantos deseos de lle-  
gar á Florencia y de abrazar á mi tío!

REBECA.

Si; el señor Donato. Ah! vos al fin, Mila-

dy, al dejar vuestro país natal encontras un pariente en esta tierra extranjera, pero yo!... Toda mi familia, todos los Plunkett, hasta el trigésimotercero grado, han nacido en York-Shire.

ANA.

Ya sabéis mi querida Rebeca, que mi madre, noble y rica florentina, huyó de su casa con un pintor inglés, que la hizo su esposa en Londres. Mi tío, que es oficial del gran Duque, se tuvo por deshonrado, y en un arrebatado de cólera, juró no ver más a los culpables. Pero aún no se habían secado en mi rostro las lágrimas que me arrancó su pérdida, cuando mi tío se halló solo, postrado por la gota y atormentado de sus antiguas heridas. En esta situación, y arrepentido de lo que había hecho con mi pobre madre, retractó en mi favor su juramento y me escribió una carta llena de ternura, llamandome a su lado.

REBECA.

Ah! sí.... y os ha nombrado su única heredera.

ANA.

Ya veis, no tengo más apoyo que el en el mundo, y me encuentro viuda a los diez y nueve años; figurate si tendré deseos de llegar a Florencia.

REBECA.

Yo también! somos dos mujeres solas, y hay hombres capaces de todo.

ANA.

Y que haremos para matar el tiempo mientras vuelven los caballos?

REBECA, señalando a la ventana de la izquierda.

Miral! por este lado hay magníficas vistas; podeis dibujar....

ANA.

Tienes razón; ese es el palacio ducal. Si tuviera aquí un álbum....

REBECA.

Ya le traen.

~~~~~

#### ESCENA IV.

DICHAS y CATALINA que trae cajas de cartón, papeles de musica y libros.

CATALINA.

Aquí teneis, Milady....

ANA.

Esperad á que tome mis lapices y este libro.

REBECA.

Elevad lo demás al cuarto y no me arguyais los gorros. Av! que manos tan desdichadas tienen estas italianas!

ANA, se sienta y coge el álbum.

Abre la ventana, Rebeca. Sí, ese puente que atraviesa el Taso.... abriendo el álbum. Que veo!

REBECA.

Que es eso?

ANA, tachando, aparte.

Me persigue todavía!

REBECA.

Estáis temblando.

ANA.

Y con razón, Rebeca! mira!

Unas manchas en el álbum.

REBECA.

Yo no veo más que versos.... alguna poesía que habeis copiado.

ANA.

No he sido yo, Rebeca.

REBECA.

Pues quien?

ANA, bajando la voz.

Un hombre que ha dado en perseguirme hace más de un año; á quien no he visto, á quien nunca he hablado, y que sin embargo está siempre aquí, cerca de mí....

REBECA.

Dios santo!

ANA.

Le he devuelto mil veces sus cartas, pero me las he encontrado otra vez, ya sobre la chimenea, ya en mi tocador. Oh! la idea de que tengo siempre á mi lado un testigo invisible de mis acciones, que me expia, que oye cuanto digo, adivina mis pensamientos, me tiene en un continuo sobresalto. Si hubiéramos vivido trescientos o cuatrocientos años antes, hubiera creído que este hombre era un espíritu maligno, un diende, un trasego.... y el mismo cuando se chancera en sus cartas, toma muchas veces alguno de estos nombres, porque sabe muy bien que el suyo me es odioso.

REBECA.

Su nombre! es acaso terrible?

ANA, en voz baja.

El conde Marco de Grimani.

REBECA.

Que decís? ese caballero italiano, ese cavalero que ha dejado en Inglaterra tan mala

fama, y que pierda la reputacion de una mujer con tanta frescura, como si se bebiese una copa de champagne?

ANA.

El mismo.

REBECA.

Es posible! y qué será lo que tenga que decirnos en esos versos?

ANA.

Ah! no quiero saberlo; ni aun abrir ese album.

REBECA.

Qué niñería! mucho mas, cuanto que debe de haber perdido nuestra pista con los muchos rodeos que hemos dado.

ANA.

Así lo creo.

REBECA.

En ese caso, qué es lo que teméis? aun cuando no sea mas que para conocer sus intenciones....

ANA.

Si lo deseas....

REBECA.

Yo me muero por unos versos!

ANA, *cojiendo el album.*

Los leeré solo para darte gusto.

REBECA.

Se entiende!

ANA, *lee.*

Tirana homicida! por qué presurosa  
Huyendo te alejas ingrata de mí?

En vano lo intentas: con ansia amorosa  
Tu fuga expiando iré en pos de ti.

Do quiera te lleven tus duros enojos,  
Mi sombra atrevida siguiéndote irá,  
Y en este momento velado á tus ojos,  
Tu amante invisible mirándote está.

Las dos se vuelven con temor mirando á todos lados.

ANA.

Qué me dices? has visto tú nunca audacia semejante?

REBECA.

A fe mia, Mistris, os juro que no me desagradaría un amante de esa especie.

ANA.

Cómo?

REBECA.

A mí me encantan los hombres tenaces, y si aun estoy soltera, es porque nunca he encontrado mas que jentes sin carácter, sin con-

secuencia. Y mirándolo bien, no os habeis de volver á casar? vuestro tío os ha dicho ya en sus cartas que os ha elegido ya un esposo; el señor Pridi, hijo del Podestá de Pádua.

ANA, *con viveza.*

Sí, y le aceptaré con los ojos cerrados, aunque no sea mas que por librarme de esta persecucion; porque esto es una persecucion! Venir tras mí desde Londres, rodearme de asechanzas y proponerse que yo le ame.... á mi pesar!

REBECA.

Hum! no es difícil que lo consiga.

ANA.

Yo amarlo! jamás.

REBECA.

Por qué?

ANA.

En primer lugar, debe ser horriblemente feo.

REBECA.

Si no le habeis visto....

ANA.

Por esa misma razon; es lo mismo que sucede entre nosotras: cuando una mujer no quiere que la vean, se puede apostar de seguro á que tiene sus motivos para ello. En segundo lugar, es un libertino.

REBECA.

Oh! los hay de esos que no son de despreciar. Vuestro perseguidor ha de ser uno de ellos, y parece muy amable, y hace muy bonitos versos.

ANA.

No me hables de él! es un hombre para quien nada hay sagrado. Seria capaz de seducirte á ti misma.

REBECA.

A mí! quisiera yo ver eso.

ANA.

Dejemos esta conversacion, porque su nombre solo.... Pero qué es eso?

Se oyen carcajadas estrepitosas debajo de la ventana de la derecha.

## ESCENA V.

DICHAS y CATALINA, *que sale de la habitacion núm. 2.*

CATALINA.

No es nada, Milady, son los oficiales de

la guarnición, que vienen todos los días a comer aquí.

REBECA, mirando por la ventana.

Ola! hay muy buenos mozos!

ANA.

No te asomes, Rebeca!

REBECA, suspirando y recogiendo el album.

Ay Mistris! no hay peligro.

CATALINA.

Va estan ahí.

ANA, a Catalina.

Retrómonos. Haced que enganchen en el momento en que haya caballos.

Entran en su habitación: Catalina se va por el lado opuesto.

## ESCENA VI.

MARCO, varios OFICIALES y luego MASCARONE, y criados que colocan en medio del teatro una mesa cubierta de platos, botellas, etc.

MASCARONE.

Es hora ya de comer, señores?

MARCO.

Ola! (dándole una palmada en el hombro) eres tú, bribón?

MASCARONE, haciendo reverencias.

Señor?...

MARCO.

No has perdido aun tus costumbres de dar gato por liebre?

MASCARONE.

Como, señor! os dignais de recordar....

MARCO.

Tus *quid pro quo* culinarios! ay amigo! los he pagado muy caros!

TODOS.

A la mesa! vamos!

FRANCISCO.

Puesto que nuestra buena fortuna nos devuelve al coronel.... (volviendo a Marco la silla que está en medio) Conde Marco! ocupad el lugar de preferencia.

MARCO.

Nada de etiquetas, señores! en cualquier parte estoy bien. (se sienta a la izquierda, volviendo la espalda a la puerta del cuarto número 2; los oficiales se sientan) Espero, Mascarone, que te esmerarás hoy.

Mascarone sirve los platos que traen los criados.

MASCARONE.

Desenidad! todo será exquisito y delicado. Hay ravioles, costillas a la milanesa, perdices.

MARCO.

Y vino de madera?

MASCARONE, aparte.

Ah! (a un criado) tráeme vino de Calabria, y ponlo al precio del de madera: producirá el mismo efecto.

FRANCISCO.

Pero por que nos has colocado en esta pieza? aquí nos estamos axistiendo.

MASCARONE.

La otra está ocupada por una familia rusa; y además, no se por que os quejais! aquí ha comido el gran Napoleon!

MARCO.

Ohi el gran Napoleon! echanos champagne.

TODOS.

Si, si.

MASCARONE, aparte.

Bien! ya estan medio peneques! cuando yo digo que hará buen efecto el vinillo de Calabria! (alto) Señores, voy a disponer que traigan los postres: todo será servido puntualmente, y.... (aparte) con especialidad la cuenta.

## ESCENA VII.

Los MISMOS, menos MASCARONE y sus criados.

MARCO.

Ahora bien, amigos míos, qué ocurre de nuevo en el regimiento? hay muchas víctimas?...

FRANCISCO, riéndose.

No se ha perdido el tiempo, mi coronel.

MARCO.

Enhorabuena! es preciso mantener la disciplina, y los sanos principios que os he inculcado. (a Francisco) Que se ha hecho vuestra linda viudita de Ferrara?

FRANCISCO.

Iba ya a abandonarla cuando uno de los camaradas me hizo el favor de quitármela.

MARCO.

Ohi santa amistad! tal es tu benéfico influjo.

Y vos, Belmonte, qué habeis hecho de vuestra Zanetta, la bailarina!

FRANCISCO.

La cambió por un magnífico alazan!

MARCO.

Muy bien! veo, señores, con satisfacción, que en nada se ha corrompido la buena moral del regimiento.

FRANCISCO.

Pero, y vos, coronel? sin duda tendreis que contarnos cosas maravillosas, de vuestro largo viaje.

MARCO.

No hablemos de eso.

FRANCISCO.

Si tal! no somos ya vuestros discipulos? (*llenando su vaso*) Ea, pues! bebamos á la salud...

MARCO.

Del mas desventurado de los caballeros andantes.

TODOS.

Cómo?

MARCO.

Si, amigos míos! desde el momento que llegué á Inglaterra, cometi la imprudencia de enamorarme; pero no así como quiera, sino perdidamente.

TODOS.

Es posible!

MARCO.

Quise presentarme en la casa de mi hermosa, pero me negó la entrada.

FRANCISCO.

Al conde Marco Grimani!

MARCO.

El conde Marco sufrió ese desaire, que le fue muy sensible, tanto mas cuanto que la buena inglesa no nos habia visto nunca la cara... porque habeis de saber que me aborrece sin conocerme mas que de reputacion.

TODOS.

Já! já! já! pobre Marco!

#### ESCENA VIII.

DICHOS y ANA *entreabriendo la puerta de su habitacion.*

ANA.

Si no me engaño, han pronunciado el nombre de... (*viendo los oficiales*) Sin duda está

entre esos oficiales; pero cómo es posible distinguirle entre todos?

MARCO.

Pero... cosa singular! el odio que me profesaba, fue un aliciente mas que irritó mi pasión, y desde entonces, empecé á representar el papel de amante platónico: es decir, que me convertí en el ente mas ridículo y mas insufrible del universo.

FRANCISCO.

No os conozco, mi coronel!

MARCO.

Eso sí, he procurado ocultarme siempre á sus ojos, para excitar su curiosidad... ya sabeis que las mujeres son siempre amigas de extravagancias. Así que, para hablarla de mi amor, me he valido siempre de tiernas epistolas, ramilletes simbólicos, y versos sentimentales.

ANA, *aparte*

Es él! me ha seguido!

FRANCISCO.

Y por fin?..

MARCO.

A pesar de que habia tomado perfectamente mis medidas, he perdido su huella de repente, y la voy siguiendo sin esperanza de volverla á encontrar.

TODOS.

Já! já! já!

FRANCISCO.

Bonito desenlace!

ANA, *aparte*.

Respiro! si pudiese distinguir sus facciones!

FRANCISCO, *riendo*.

Quereis que os hable con franqueza, coronel? me parece la tal inglesa una coqueta de primer orden.

MARCO.

Eso me he figurado también.

ANA, *aparte*.

Que horror!

MARCO.

Si: será alguna mogigata.

FRANCISCO.

O alguna necia!

MARCO.

Como lo son todas las inglesas.

ANA, *aparte*.

Gracias.

MARCO.

Pero ahora está en Italia, y si llego á encontrarla, vive Dios que he de tomar venganza de



sus rigores. He de emplear todos los medios conocidos para hacer que me adore; la dire que no puedo vivir sin ella, que muero de amor, en fin, lo que se dice en tales casos, y cuando este a mis pies, entregare mi nueva víctima a la maledicencia de toda la Italia.

ANA, *aparte*.

Que hombre tan depravado!

FRANCISCO.

Ba! que apostamos a que acabais por casaros con ella?

MARCO.

Yo casarme!

FRANCISCO.

Os apuesto dos mil puistras.

MARCO.

Y yo acepto. Oh! y si estuviera aquí mi hermosa ingrata...

Al decir esto, Ana cierra su puerta, como espantada.

ANA

Cielos!

FRANCISCO.

Eh?

MARCO.

Que es eso?

FRANCISCO.

Alguien andaba en esa puerta.

*Se levantan.*

MARCO, *levantándose*.

Nos estaban escuchando!

FRANCISCO.

Es mucha curiosidad!

MARCO.

Por fuerza han de ser mujeres. Quiero ver si descubro... no hagais ruido.

*Se acerca de puntillas á la habitación de Ana y mira por la cerradura. Los criados quitan la mesa.*

LOS OFICIALES, *en voz baja*.

Veis algo?

MARCO.

La cerradura es tan pequeña... sin embargo, me parece distinguir... que veo! es posible!

FRANCISCO.

Que hay?

MARCO.

No me engaño! es....

FRANCISCO.

La inglesa?

MARCO.

La misma. *(Criado viene a Catalina)* Silen-

cio! aquí está Catalina: procuraré informarme de ella.

## ESCENA IX.

DICHOS y CATALINA con una bandeja en que trae platos, vasos, etc.

Todos, *corriendo hacia ella*.

Oh! Catalina! Catalina!

CATALINA, *a los oficiales que la detienen y quieren abrazarla*.

Vamos, señores, dejadme.

FRANCISCO.

Que es lo que llevas ahí?

CATALINA.

La comida para las señoras del núm. 2.

MARCO, *aparte*.

Bien! *arranca una hoja de un libro de memorias, y escribe*—Vuestro invisible, no perderá de vista esta puerta, y ya os será imposible escaparos.

Dobla el papel y se acerca a Catalina, la cual para defenderse de los oficiales, había puesto la bandeja sobre una mesa.

CATALINA.

Dejadme, os digo, señores, o llamo al coronel. Coronel!

MARCO.

Vamos, vamos! qué es eso? Catalina está bajo mi protección!

CATALINA.

Veremos si se atreven...

MARCO, *abrazándola*.

Ninguno sea osado á tocarla.

CATALINA.

Ya sabía yo que no lo sufriría.

MARCO.

Dónde vas?

CATALINA.

A ese cuarto.

*Señalando al del núm. 2.*

MARCO.

Eso es imposible: lo hemos declarado en estado de sitio, y si no traes el santo y seña...

CATALINA, *sonriendose*.

El santo y seña?

MARCO.

Se: quien vive ahí.

CATALINA.

Una inglesa: Mistress Ana Dudley.

MARCO, *reprimiendo su alegría*.

Ana! Muy bien! puedes pasar adelante.

Ella dá un abrazo y coloca el papel en la bandeja de modo que no lo advierta Catalina.

CATALINA.

Pues, eso es! otro abrazo con el achaque de defenderme! y yo que no habia caído en ello!...

Entra en el núm. 2 volviendo á cerrar la puerta.

MARCO.

Es ella! es ella, amigos míos! el destino me la entrega.

Se oyen á lo lejos trompetas que tocan llamada.

FRANCISCO.

Bien, bien! nosotros os dejamos, coronel. La obligacion nos llama.

MARCO.

Adios, señores.

### ESCENA X.

MARCO, *solo, muy agitado.*

MARCO.

Oh! cuando considero que está ahí, tan cerca de mí, el corazon me palpita.... no de amor, no! sino de alegría, de satisfacción, de venganza. Pero es preciso buscar algun medio de verla y hablarla, sin que pueda sospechar que soy yo. Ah! ese truan de Mascarone puede ayudarme. Casualmente viene aquí; pero no está solo.

Se dirige al fondo y desaparece un momento.

### ESCENA XI.

MARCO, *en el fondo*; MASCARONE *entra por la derecha seguido de PACCHINO PRIOLI, el cual vendrá ridículamente vestido á la moda, y embozado en una rica capa galoneada.*

PRIOLI, *encolerizado.*

Esto es atroz! inconcebible! horrendo! no es esta una casa de postas?

MASCARONE.

Perdonad....

PRIOLI, *gritando.*

Caballos! que me den caballos inmediatamente.

MASCARONE.

No los hay.

PRIOLI.

Entonces, esta no es casa de postas.

MASCARONE.

Si tal; pero han salido todos....

PRIOLI.

El diablo cargue con ellos y con vosotros. *(arrojando la capa y el sombrero sobre una mesa)* Es cosa que haria saltar á la misma Basílica de Roma! y justamente cuando la voy siguiendo....

MASCARONE.

A la Basilia!

PRIOLI.

No, hombre, no! Y cuándo esperais que vengan?

MASCARONE.

Quién?

PRIOLI.

Los caballos, bruto.

MASCARONE.

Dentro de cinco ó seis horas.

PRIOLI.

Cinco ó seis mil diablos que te lleven! *Tes-ta di marbore!* hacer esperar al hijo único del Podestá de Pádúa!

MASCARONE.

Del Podestá! *(asomándose á la ventana)* Haced que entre en el patio la silla de....

PRIOLI.

Qué estais diciendo?

MASCARONE.

Sábanas limpias al núm. 7.

PRIOLI.

Cuando digo que....

MASCARONE, *volviéndose repentinamente.*

La habitacion es pequeña, y la cama no tiene siete palmos de larga; pero el gran Napoleón ha dormido en ella, circunstancia que la engrandece soberanamente. En cuanto á la comida....

PRIOLI.

No tomo nada.

MASCARONE.

Hay perdices....

PRIOLI, *gritando.*

Si he comido ya! qué hombre!

MASCARONE, *con calma.*

Servirán para la cena.

PRIOLI.

A que le tiro los trastos á la cabeza?

Se deja caer en la silla que está inmediata á la mesa donde ha dejado el libro.

MASCARONE.

Es decir que estamos convenidos: un cu-bierto.... Ah! tened la bondad de poner ahí

vuestro nombre y calidad. Sois el hijo con el mayor espíritu... *(fingiendo que le llaman)* Voy allá! perdóneme, señor! Vuelvo al instante.

ANSA, le detiene MARCO.

MARCO, *en voz baja*.

Marcos, ¿qué?

MASCARONI.

Señor Fondo?

MARCO.

Quieres que te traiga equipos?

MASCARONI.

Cuando si es posible.

MARCO.

Silencio! sígueme.

Vuélvete a la puerta del fondo que los oyó. (P. 11.)

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

## ESCENA VII.

PRIOLI, *solo, que ha un momento rostrado su bofetada*.

Lo he dicho ya mil veces: mientras haya posadas en el mundo, será imposible viajar. Por causa de este animal... pero yo tengo la culpa: así escarmentaré para no volver a hacer el galán amartelado, ni andar á caza de mujeres... que pueden considerarse propias. El viejo me dijo: *(imitando la voz del viejo)* Querido Prioli! yo no puedo ir a buscar á mi sobrina, pero vos sois joven y activo, y vuestra atención no podrá menos de agradarla.—Bá!—No dudo que la agradareis.—Oh!—Sois muchacho de merito.—Ah!—Y luego, el viaje es encantador. *(con mal humor)* Sí, sí! el tal viaje ha sido completo. En primer lugar, he pasado la pena negra en ese maldito paquebot, que no olvidare mientras viva. Llego a Londres: una población encantadora, donde no se come, se bebe ni se respira mas que carbon de piedra. Pero sobre todo, que idioma, señor! qué idioma! es imposible que aquellos hombres se entiendan, y yo tengo para mí que si aparentan entenderse, es solo por engañar á los extranjeros. Lo mas claro que tienen en su lengua, es el puñetazo: así que todas sus conversaciones acaban por ahí.—Pues señor, volviéndome mi viaje: llego á casa de Mistris Ana, y me dicen que se ha puesto en camino dos días antes de mi llegada.—Magnifico! pero qué camino han toma-

do? por Douvres, por Lisboa o por Amsterdam. Muy bien! quedo enterado! no hay mas que echarse á buscar... *(abriendo el libro)* «Grupo di la Madonna». Por temor de equivocarme, tome el camino mas corto: acaso me hallare á poca distancia de ella, y por causa de este tuitant... *(mirando al libro á tiempo que ella escribe)* Que veo! «num. 2, Ana Daddley!».—Num. 2! *(se levanta)* Con que esta aquí! voto á... *(se dirige hacia la puerta)* Quisiera presentarme á ella de una manera particular, nueva, ingeniosa... voy á llamar á su puerta, *(al tiempo de ir á llamar, se abre la puerta y sale Ana en su traje de Catalina)* Pero alguien viene!

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

## ESCENA VIII.

PRIOLI, ANA.

ANA, *a parte*.

El es sin duda! me está cypiendo. No me queda otro medio de escapar, y puesto que ya han llegado los caballos...

PRIOLI, *a parte*.

Sin duda es una criada: procuraré informarme. *(deteniéndola)* An cuando esta va a salir? Nina mia! tú que me hablaste dos palabras.

ANA, *a parte*.

Quiera Dios que no me conozca, *(ocultando el rostro)* No trae ya el uniforme: sin duda se ha distraído.

PRIOLI.

Buen tallo y buen... es lastima que no haya tiempo...

ANA, *procurando marcharse*.

Permitidme....

PRIOLI.

Espere un momento: tu acabas de salir de ese cuarto.

ANA, *a parte*.

Querrá asegurarse.

PRIOLI.

Creo que está ocupado por una señora que me interesa muy particularmente.

ANA, *a parte*.

Bien sospechaba yo! es el mismo.

PRIOLI, *tomándole la mano*.

Es que quisiera sorprenderla... Eh? qué es

eso? está temblando la pobre chica! Si creerá tal vez que... vamos, vamos! tranquilizate.

ANA, *aparte, mirándole á hurtadillas.*

Ah! yo me lo habia figurado muy feo; pero a la verdad, no tanto.

PRIOLI, *aparte.*

Qué diablo! siempre produce mi presencia el mismo efecto en todas las mujeres! á la primera mirada se turban. Y el caso es que tiene un brazo, y una mano, y un cutis...

ANA, *aparte.*

Si acabará!

PRIOLI.

Mira, yo no soy vanidoso, ni aristócrata; y con tal que la del núm. 2 no sepa nada...

ANA.

Jesús! Jesús, qué hombre!

PRIOLI.

Y si tú fueras amable...

ANA.

No os entiendo.

PRIOLI.

Yo haria tu suerte.

ANA.

No entiendo, os repito.

PRIOLI.

No? yo haré que me comprendas, con un par de abrazos...

ANA, *huyendo.*

Dios mío!

PRIOLI.

Allá va uno á cuenta.

Corre tras de Ana! al mismo tiempo sale por el fondo el conde Marco, vestido con un traje de Mascaroné, barba, y largos rizos. En el momento en que Prioli va á alcanzar á Ana, se interpone y recibe el abrazo por ella.

#### ESCENA XIV.

DICHOS y MARCO.

PRIOLI, *espantado.*

Ah! qué es esto?

ANA, *aparte.*

A buen tiempo llega.

MARCO, *empujando á Prioli.*

Mirad lo que haceis, caballero!

PRIOLI, *aparte.*

Qué bruto! (*alto*) Que buskais por aquí, señor mío? quién sois vos?

MARCO.

Quien soy! vaya una pregunta! El hermano del posadero y su consocio. Y ahora, decidme,

con qué derechos os tomáis la libertad de perseguir á mis criadas?

PRIOLI.

Cómo! os vais á amostazar por una broma? MARCO, *á Ana que procura ocultar la cara.*

Y tú, bribonzuela, ya te enseñaré yo á no coquetear con los viajeros. Sal de aquí corriendo, holgazana.

ANA, *aparte.*

No deseo otra cosa: quiera Dios que pueda salir Rebecca sin que la vea ese maldito.

Vase. Prioli se dirige al cuarto de Ana.

MARCO.

Dónde vais, caballero?

PRIOLI.

No lo veis?

MARCO.

Ese no es vuestro cuarto.

PRIOLI.

Ya lo sé...

MARCO.

Ahí está una señora...

PRIOLI.

Justamente, voy á entrar por eso.

MARCO.

Cómo?..

PRIOLI.

Porque habeis de saber que esa señora es mi novia.

MARCO, *aparte.*

Ah! tengo un rival! (*en voz alta y amenazadora*) Esperad un momento! eso puede ser un pretexto para introducirlos, y... ya veis, yo tengo que mirar por la moral...

PRIOLI, *levantando la voz.*

Cómo se entiende! insolente!

MARCO.

Os digo que no entrareis.

PRIOLI, *gritando.*

Bribon! sino me hubiera dejado en el carruaje mis armas...

Rebecca sale de su cuarto y cierra inmediatamente su puerta.

#### ESCENA XV.

DICHOS y REBECA.

REBECA.

Qué escándalo! que voces son esas?

MARCO.

Este caballero quiere entrar por fuerza en la habitación de Milady!

REBECA.

Que insolencia! cerrad la puerta por dentro, señora!

PRIOLE.

Escuchadme por Dios! yo soy...

REBECA.

Malvado! ya conocemos vuestra intencion!

PRIOLE.

Vengo siguiendola desde Londres...

REBECA.

Y se atreve à contarlo! Pues qué, no hay leyes en este país? *a Marco* Detenedle un instante; yo voy a dar parte al magistrado.

MARCO.

No temais.

REBECA.

Bribon! infame!

*Vase.*

PRIOLE.

Ordme.

MARCO.

No se escapara.

# ESCENA XVI.

DICHOS, menos REBECA.

PRIOLE.

Va a poner toda la casa en revolucion.

MARCO, *aparte*.

Muy bien! ha quedado sola! si pudiera deshacerme de este imbécil...

PRIOLE, *acercandose al cuarto de Ana*.

No os asustéis, señora! yo soy Priole el hijo del Podestà de Padua.

MARCO, *con tono amenazador*.

Acabemos de una vez, caballero! apartaos de ahí, o por S. Pedro, os hago saltar por una ventana.

Le agarra por el cuello y le hace dar vueltas por el teatro.

PRIOLE, *con calma*.

Teneis la bondad de decir cuál es el nombre de vuestra posada?

MARCO.

La hospitalidad.

PRIOLE.

Y es este el modo que teneis de ejercer la hospitalidad con los viajeros?

*Se oye el ruido de un carruaje.*

MARCO, *con inquietud*.

Que oigo! un carruaje que se aleja! *(aso-*

*mandose a la ventana de la derecha* Dos señoras en una silla de posta!

PRIOLE.

Dos señoras! como! dos señoras!

# ESCENA XVII.

DICHOS y CATALINA *que sale del cuarto num. 2.*

CATALINA, *aparte*.

Ya estan fuera de peligro.

MARCO.

Catalina!

PRIOLE.

Una criada?

CATALINA.

Servidora vuestra.

MARCO.

Necio de mí! ya comprendo! Se me ha escapado, y ese majadero tiene la culpa.

PRIOLE.

Pero en esa habitacion habia un regimiento de mujeres.

*Asomase à la puerta del cuarto.*

*Assaparte.*

Si, si: buscadlas: el pájaro ya voló.

MARCO, *aparte*.

Y me es imposible seguirlo, sin carruaje, sin un caballo...

PRIOLE.

No hay nadie! Oh! cuando habia logrado encontrarla!.. Pero la seguiré: la alcanzaré: justamente estan ya enganchados mis caballos.

MARCO, *mirando por la ventana*.

Es cierto.

PRIOLE, *a Marco*.

Haced que arrimen mi silla de postas.

MARCO.

Al instante. *(aparte)* Aprovechemos esta ocasion.

*Se oyen por la izquierda latigazos y la corneta de la diligencia.*

PRIOLE, *mirando por la ventana de la izquierda*.

Qué es esto? si se volverán atras...

*Mientras está mirando por la venta, Marco toma la capa y el sombrero de Priole, dejando en su lugar el sombrero de Mascaron.*

MARCO.

No tengo otro medio: la noche avanza y no me conocera el postillon. Corramos.

*Vase por la derecha.*

PRIOLI.

Ah! es la diligencia de Lucca con mas de treinta viajeros. Tambien han llegado tres sillas de posta. Ay amigos míos! por esta noche no tendréis mas remedio que dormir en la posada de la hospitalidad!... por señas que la entienden en esta tierra á las mil maravillas. Pero yo tengo ya encañelados mis caballos, y parto inmediatamente... (*se oye el ruido de un carruaje que se aleja*) Eh! qué es lo que veo! (*se dirije corriendo a la ventana de la derecha*)

Es mi silla de postas. (*gritando*) Postillon! postillon! Ese bruto se ha emborrachado, y no vé que no hay nadie dentro del carruaje! Ya á volver!... tendrá que ir allá! (*con su atardimiento se pone el sombrero de Mascaron*) Qué es esto? y mi capa? este no es mi sombrero! me han robado! ladron es! ladrones! socorro!

Arroja el sombrero y sale precipitadamente por la puerta del fondo, atropellando á los viajeros que salen trayendo sombreros, mallos, pataguas, etc.

## ACTO SEGUNDO.

Habitacion de Ana en la casa del baron Donato. En el fondo, una alcoba con cama ricamente colgada. Dos puertas secretas á uno y otro lado de la alcoba. A la izquierda del proscenio, un balcón y cortinas que le cubren. Al mismo lado, un tocador. A la derecha, una ventana.

### ESCENA I.

CESAR DONATO y ANA, *estan sentados*.

DONATO.

Si, mi querida Ana: me tiene con cuidado la tardanza de Prioli; si no le ha sucedido ninguna desgracia, merecia muy bien encontrarte ya casada á su regreso.

ANA.

Pero tío mío! por qué es esa ansiedad? yo no tengo prisa de casarme.

DONATO, *riéndose*.

Es que si entre tanto te robase el invisible, lleveme el diablo si podría yo darle alcance, á causa de esta pícara gota.

ANA.

Os incomoda mucho?

DONATO.

No: ya estoy algo mejor, especialmente desde que tomé el mejor médico de Florencia. Es un hombre de gran talento! cuando empecé á asistirme, la gota no me habia invadido mas que una pierna: en el dia no puedo menear ninguna de las dos.

ANA, *sonriéndose*.

Siendo así, debéis tener esperanza.

### ESCENA II.

DICHOS y REBECA.

REBECA, *con tono misterioso*.

Señora! Señora!

ANA.

Qué quieres, qué ocurre?

REBECA.

Una aventura mas singular que tantas nos han pasado.

ANA.

Qué dices?

REBECA.

Os acordais de aquel medallón de brillantes que nos robaron noches pasadas en el camino de Parma?

ANA.

Si: que hay?

REBECA.

Me le acabo de encontrar en vuestro gabinete, encima de la chimenea.

ANA.

Siempre ese hombre!

DONATO.

Có no! habiais sido robadas...

REBECA.

Si, señor, y por verdaderos ladrones.

DONATO.

Y no me habiais dicho nada.

ANA.

Temía que me riñeseis por haberme puesto en camino de noche.

DONATO.

Sin embargo, quiero saberlo todo, aun cuando no sea mas que para hacer ahorcar á esos bribones. Cuéntame! cuéntame cómo sucedió eso, y por qué casualidad se ha mezclado tambien en ello ese diablo en figura humana.

SC.

Figúrate que sumos de Parma de pues de mochecho. Al pesar por mi senda tormentosa que me lida con mi espollo, de repente y como por encanto, los salvados volaron conmigo, quedando con voz trémula. Apenas me fuere unido, solo queremos el duce y los poetas.

LEUCA.

Figúrate que somos nuestro amigo.

ANA.

Apenas los he oídos entre ellos, como los voyamos al alba, se oyó el ruido de una silla de postas, de la cual se apeó un hombre con la espada en la mano, gritando: Aquí está. Marco Marco! Al oír pronunciar este nombre temido, uno de los ladrones exclamó: «Somos perdidos! Huyamos!» Yo no veía nada; pero sin duda hay con aquellos hombres, porque un momento después, mi libertador estaba a mi lado, y su voz dulce me tranquilizó, y su brazo tremolante sostenía.

DOXATO.

Era en el cielo.

ANA.

Invisible, sea por la noche era oscurísima y el estaba embuzado en una fuga capta. Queréis que os diga la verdad, tío mío? Apéñese a quien apenas puede ver en la posada de Parma, y cuyas facciones me parecían tan poco seductoras... Oh! no se como decirlo, pero sea por el riesgo de que acababa de librarme, sea por el miedo que yo tenía, su voz dulce y tierna, me causó una conmoción que no podía dominar.

DOXATO, aparte.

Caspita! mal santón! *alto*. Y por último te ofrecía el brazo y...

ANA.

Nada de eso: me ayudó a subir en el carruaje, separándose inmediatamente.

DOXATO, aparte.

No era esa la escuela de mis tiempos!

ANA.

Cuando amaneció me asomé á la portezuela, pero la silla de postas, el invisible, todo había desaparecido.

DOXATO.

Es cosa singular! aunque todo el mundo sabe que el nombre del conde Marco hasta por sí solo para ahuyentar á los bandoleros

de toda Italia. Los ha perseguido tantas veces! Por lo demás, debe de ser muy grato tener siempre un duende á sus órdenes, para cuando ocurre algún peligro.

REBECA.

¿So digo yo, pero mi señora no le da gusto una sola palabra. Cuando una persona nos salva la vida, que menos ha de hacer una que darle gracias por su buena acción?

ANA.

Que va no te acuerdas de tu apuesta? No conoces que es un ridículo y que todo en ese hombre es ridículo? Qué me aparenta heroísmo, amor, poca interésame, para lograr que me apasme de él, y burlarse luego de mí.

DOXATO.

Oh! si así fuese, aún no se ha roto la espada que sirvió en el sitio de Mantua...

ANA, a Rebecca.

No digo que entregará su nueva víctima á la malicia de toda Italia?

LEUCA.

Señora! el Champagne hace de cien tantas cosas!

DOXATO, suspirando.

Y algo más que decir!

REBECA.

Y yo apuesto á que os ama mucho más de lo que él mismo presume.

ANA.

Amar un militar! qué decís de eso, tío?

DOXATO.

Hum! no diré yo que su constancia sea ejemplar; pero la culpa la tiene el ministro de la Guerra que les hace cambiar á cada instante de guarnición. Y quien sabe si el conde Marco es una excepción de la regla?

ANA.

Le conocéis?

DOXATO.

No por cierto: no le he vuelto á ver desde que era un niño. Ya hace cuatro años que estoy refido con su tío el gobernador de Florencia, quien me ha armado un pleito de mil daldos. Figurate que me vendió este palacio, y seis meses después quiso volverme á comprar. Yo le dije, no, amigo mío! os he comprado la casa, he pagado religiosamente el precio, y no estoy arrepentido del contrato. Desde entonces traemos una guerra sorda y continua; pero no le temo, ni tampoco á su sobrino, á quien daré las gracias cuan-

do le vea, por lo que ha hecho en tu favor. Le diré: «Caballerito! habeis salvado á mi sobrina de un peligro inminente: eso está muy bien hecho; pero por otra parte la castigáis demasiado, y eso me parece muy mal. Vos sois un bello sugeto; pero mi sobrina os aborrece de corazon. Seamos buenos amigos en adelante, y marchaos con mil diablos.» Así es como se habla entre jentes que tienen educacion. Pero no bablemos mas de esto: es necesario que te distraigas.—Jacobo!

### ESCENA III.

DICHOS y JACOBO.

JACOBO.

Señor?

DONATO.

Qué opera hay esta noche en el teatro de la Pergola?

JACOBO.

V Puritani, Señor.

ANA, *con viveza.*

Música deliciosa!

DONATO.

Precisamente me toca hoy el turno en mi palco. Estás ya dispuesta?

ANA.

Cuando querais....

DONATO.

Que enganchen inmediatamente.

Vase Jacobo; Ana se sienta al tocador; Rebeca saca sus guantes y abanico, y Donato coge un periódico. Se oye música en la calle.

DONATO.

Qué es eso? no nos dejarán en paz esos malditos cantores ambulantes: no se encuentra otra cosa por toda la Florencia. (*escuchando*) Sin embargo... no lo hacen mal.

ANA.

Es cierto..... Rebeca, tírales una piastra.

REBECA.

Voy, Señora. (*arroja una moneda por la ventana de la derecha, y se queda observando*) Calla! no la quieren recojer!

DONATO.

Les parecerá poco. Ya se vé, las bellas artes mendicantes, han encarecido sobremanera.

REBECA.

No, no es eso! nos está haciendo señas con cierto misterio.....

ANA.

Quién?

REBECA.

El director de la orquesta sin duda; un mozo rubio. Sin duda tendrá que decirnos algo.

DONATO.

Qué apostamos á que anda en esto el duende? acaso será algun agente del conde Marco. (*á Rebeca*) Dile que suba, á ese tunante.

Vase Rebeca.

### ESCENA IV.

DONATO, ANA.

ANA.

Cómo! será posible que el Conde.....

DONATO.

Los enamorados se valen de todo para entablar relacion en la casa del objeto que adoran, y los músicos son por lo regular sus mejores auxiliares. Pero yo tengo mucha penetracion, y veremos quién engaña á quién. Aquí está ya: silencio.

### ESCENA V.

DICHOS, REBECA y MARCO.

Marco viene vestido con el traje que usan los montañeses del Tirol.

REBECA.

Entrad.

ANA, *á su tío.*

Qué traje tan singular!

DONATO.

No le cae mal, sin embargo. (*aparte á Ana*) Y es buen mozo.

ANA.

Pero tiene nnas trazas de zopenco!....

MARCO, *aparte.*

Ya estoy dentro de la casa: procuremos alejar de aquí al viejo.

DONATO.

Tienes que decirnos alguna cosa importante?

MARCO.

Eh! puede ser..... eso consistirá, segun y como hagamos nuestro convenio.



MARCO.

Yo os dire..... no habeis recibido de Inglaterra una sobrina joven y bonita?

DONATO.

Seguramente: esta es.

MARCO.

Que sea esa o la otra, para mi es igual. Pero vamos al asunto: vos tenéis interes en guardarla?

DONATO.

Que pregunta?

MARCO.

Lo digo porque dentro de dos horas no estará ya en vuestro poder.

ANNA, *se levanta, se hi, saltada.*

Que dice?

DONATO.

Con que hay fraguado un complot....

ANNA.

Y es el Conde Grimani....

MARCO.

Puede ser.

ANNA, *a Donato.*

No os dije yo que era hombre ambaz?

REBECA.

Y perseverante.

DONATO, *a Marco.*

Y sin duda habrá querido hacerte complice en ese crimen.

MARCO.

Si: y yo he consentido inmediatamente.

DONATO.

Pero luego habrás tenido remordimientos....

MARCO.

Ba! no!

DONATO.

Qué dices?

MARCO.

Pero me adelantó el dinero, y yo dije: para mi, esto ya está seguro, y si el tío me diéramas por pasarme a su partido....

DONATO.

Se lo volverías.

Saca la caja y toma un polvo.

MARCO.

Que simpleza! *tomando un polvo* no señor! tomaria tambien el vuestro; porque.... ya veis, cuando uno puede obrar en conciencia, a que se ha de esponer....

ANNA, *a Donato.*

Y a eso le llama obrar en conciencia!

DONATO, *aparte.*

Estos barbaros tienen un modo de hacer caer que pasma! *alto* Y cuanto te ha dado el Conde por servirle?

MARCO.

Treinta zequies.

DONATO, *le da un bolsillo.*

Toma, en ese bolsillo debe de haber a lo menos el doble.

MARCO.

En ese caso, yo os seré doblemente fiel.

DONATO, *aparte.*

Aa es mio.

MARCO, *aparte.*

Ha caído en el lazo.

ANNA, *aparte, a su tío.*

Y podríais servirnos de semejante hombre!

DONATO, *aparte, a Anna.*

Y por que no? es un aliado que le escamoteo: este es un ardil de guerra: cuyas consecuencias veras pronto. *a Marco* Con que dices que el Conde quiere robar a mi sobrina.

MARCO, *huyendo la voz.*

La gondola y los barqueros que deben conducirla, están ocultos bajo el primer arco del puente del Palacio Virgo. Si os queréis cerciorar por vos mismo....

DONATO, *aparte, a Rebecca.*

Dile a Jacobo que vaya a ver si es cierto.

MARCO, *aparte.*

Qué diablo! no es eso lo que yo quería.

ANNA, *convulsa.*

Pero si el Conde abrigara esa intencion, no le hubiera sido mas facil hacerlo en el camino de Parma, cuando me tuvo en su poder?

MARCO, *con viveza.*

Esa accion hubiera sido indigna de un caballero. *mirandola con ternura* Y ademas, puedo deciroslo: confidencialmente: desde aquel momento, os ama mas que nunca; os ama como a ninguna otra mujer ha amado.

ANNA.

Ah! eso quisiera!

MARCO, *con esperanza.*

Como?

ANNA.

Si; para que fuera muy desgraciado: para vengarme; porque jamas será suya.

MARCO, *volviendo a tomar su aire rudo.*

Quien sabe? todo sería que se empeñe.

DONATO.

Yo le ofrezco que no se saldrá con la suya.

MARCO.

Yo creo que sí.

DONATO.

Digo que no.

MARCO.

El Conde ha apostado á que la robe, dándonos primero aviso del día y la hora.

DONATO, *cautelosamente*.

Eso, lo veremos! cuando las puertas de una casa estan bien guardadas....

MARCO.

Quedan las ventanas.

DONATO.

Se cierran.

MARCO.

Se entra por las chimeneas.

DONATO.

Se las tapa.

MARCO.

Aun le queda.

ANA.

Sería capaz....

DONATO.

Tranquilízate.

ANA.

Pero eso ya es horrible.

MARCO.

No tal! cuando uno está enamorado, no hay obstáculos que le detengan. Preguntádselo á vuestro tío, que sin duda se acordará....

DONATO.

Tiene razon! cuando uno está enamorado....

~~~~~

## ESCENA VI.

DICHOS, y REBECA, que sale precipitadamente.

REBECA, á Donato.

Es cierto lo que ha dicho ese hombre! Jacobo ha visto una góndola amarrada delajo del puente, y algunos marineros embezados.

DONATO.

Esto se va formalizando.

ANA, á Donato.

Yo tengo miedo, es preciso que tomeis algun partido.

DONATO.

Seguro! es preciso tomar inmediatamente un partido.... pero cuál?

MARCO.

Lo que debéis hacer, es llevar vuestra sobrina á vuestra casa de campo, donde quedaréis conducirla.

DONATO.

Cómo! tu solo serás! ¿cómo lo ha dicho?

MARCO.

Quién había de ser? el Conde.

ANA.

Todo lo sabe!

DONATO.

No se ha visto cosa semejante! es preciso que tenga espías hasta en mis bolsillos.

MARCO.

Quién sabe!.... si queréis, yo me encargo de conducir á la señora por una senda escondida, y vos podéis aguardar aquí....

DONATO.

No, yo no me separo de mi sobrina.

MARCO.

Otra cosa: no podéis ir á quejarnos al gobernador?

DONATO.

A su tío! ese zorro viejo! no, amigo mío, no: sería capaz de ponerse de parte de su sobrino para hacerme caer en la emboscada, y por otra parte, durante mi ausencia podría venir el Conde....

MARCO.

Y si os digo que ha venido ya?

DONATO.

A mi casa!

MARCO.

Aquí mismo.

ANA.

Después de mi llegada?

MARCO.

Esta misma mañana.

ANA.

Es posible!

MARCO.

Y puede que esté todavía.

TODOS.

Todavía!

DONATO, *turbado*.

Ese hombre es un demonio!

ANA.

Ya veis si tengo razon para ahorrécarlo. Tío mío, no quiero esponerme saliendo de casa: ya no voy al teatro.

Entrega á Rebeca el abanico y los guantes: esta va á aguardarlos, y vé la carta en el cajon del tocador.

DONATO.

Pero no hay necesidad de alarmarse tan pronto.

REBECA.

Ah!

ANA, asustada.

Que es eso?

DONATO, levantando el bastón.

¿Quién está ahí?

MARCO, con indiferencia.

¿Habeis visto algo?

ANA, cogiendo la carta y abriéndola.

Tiene razon este hombre: el conde Marco ha estado aquí. Mirad, una carta!

DONATO.

A ver? lee.

ANA, leyendo.

Son las diez...

MARCO, sacando su reloj.

Va atrasado; ya hace rato que dieron.

DONATO.

Calla!

ANA, leyendo.

« Son las diez y me encuentro aquí, a vuestro lado, aguardando á que despertéis de vuestro dulce y tranquilo sueño. » (confusa) « ¿Qué atrevimiento! »

REBECA.

A vuestro lado!

DONATO.

Prosigue.

ANA, lee.

« Habeis jurado que no daréis nunca oídos a mi amor... y por qué? Ah! por piedad, que una palabra compasiva aliente mi esperanza! revocad mi sentencia. » (arrojando la carta) Pero donde está ese hombre?

REBECA.

¿Quién puede saberlo? un duende...

DONATO.

Yo no encuentro en eso nada de particular. Habrá entrado aquí alguno de sus espías, algun criado, y como ha encontrado abierto...

MARCO.

Eso debe de ser.

DONATO.

Vosotras tenéis la culpa: á que no me escribéis á mi el señor Conde; apostamos? (saca su caja y al ir a tomar un polvo saca de ella un papel) ¿Qué es esto? un papel! (lee) « Vigilancia señor Barón! el bloqueo queda establecido. »

ANA.

Lo veis?

DONATO, furioso.

Esto es insoportable! penetrar hasta en mi caja de tabaco!

MARCO.

Es una insolencia.

DONATO.

El bloqueo queda establecido! Si pensara intimidarme?

MARCO, escitándole.

Ba! sin duda no conoce vuestro carácter.

DONATO.

No, no me conoce! Pero... que ocurrencia! (a Ana) Ha caído en la trampa; vamos ahora mismo á ver al ministro de la Guerra.

MARCO, con inquietud.

A ver al ministro de la Guerra?

DONATO.

Para hacer que ponga preso en la ciudadela a ese trastuelo: su regimiento está de guarnición en Cortona, y él ha venido á Florencia sin permiso del gobierno. Ah! él no espera sin duda esta sorpresa.

MARCO, aparte.

Voto al diablo! tiene razon, y si no lo impido á tiempo...

DONATO, á Rebeca.

Llama á todos los criados.

REBECA.

Voy al punto.

Vase.

MARCO.

No me necesitáis ya?

DONATO.

No; pero te encargo que no pierdas de vista al Conde hasta el momento en que le prendan. Sabes tú donde está?

MARCO.

Como él mismo.

DONATO.

No le digas nada.

MARCO.

Se entiende!

DONATO.

Y cuando le echen la zarpa, y le encierren entre cuatro paredes... eh? ja! ja!

MARCO.

Ja! ja! tendrá gracia eso! ja! ja! (aparte) Contraminemos, o soy perdido. (alto) Yo os respondo de que no se me escapará

DONATO.

En ti confío.

Vase el Conde.

## ESCENA VII.

DONATO y ANA.

ANA, *aparte, pensativa.*

Si me amará en efecto!... oh! no... no es posible!

DONATO.

Voy á presentarte al ministro de la Guerra, y de camino obtendré la orden para que encierren al invisible donde no vea por algunos dias el sol. Pero qué es lo que tienes? descartas entrar en capitulaciones?

ANA, *con resolucion.*

De ningun modo, y puesto que desea obtener una contestacion definitiva, le voy á escribir en este momento.

DONATO.

Excelente idea.

ANA.

Y le dejaré aquí mi carta: veremos si se atreve á venir por ella.

DONATO.

Muy bien.

ANA, *escribe.*

Voy á manifestarle lo ofendida que me tiene con su odiosa conducta.

DONATO.

Eso es: un manifesto! una declaracion de guerra! magnifico!

REBECA, *saliendo.*

Aquí estan todos los de casa.

## ESCENA VIII.

DICHOS, REBECA, JACOBO y criados de Donato.

DONATO.

Oid con atencion las instrucciones que voy á daros. (*á uno*) Tú, corre á avisar á la policía de que se intenta cometer un atentado en mi casa. (*á otro*) Tú rondarás alrededor de la casa.—Vosotros todos, ojo alerta, y estad dispuestos á la primera señal de alarma. (*á las criadas*) Vosotras guardareis silencio... si os es posible. (*á Ana*) Has acabado ya?

ANA.

Si, señor. (*colocando la carta en el espejo del tocador*) Si el Conde acostumbra hacer alarde de las cartas de sus queridas, dudo mucho que lo haga con esta.

Donato coje su sombrero y baston, y da el brazo á su sobrina.

JACOBO.

Ya está á la puerta el coche.

DONATO.

Vamos á ver al ministro. Vosotros no olvidéis lo que os he dicho: si veis alguna persona sospechosa, asegurala bien.

Váanse todos; cuando el teatro ha quedado solo se abre la puerta secreta que está á la derecha de la alcoba de Ana y sale Marco.

## ESCENA IX.

MARCO, *solo, sale con precaucion.*

Muy bien! el pobre Baron no perdona diligencia para impedirme la entrada, sin saber que yo conozco esta casa mucho mejor que él. (*acercando á la puerta secreta*) Esa puerta que yo hice abrir cuando vivia aqui con mi tio, para facilitar mis escapatorias, me ha servido ahora á las mil maravillas. (*mirando en derredor suyo*) Mis medidas estan bien tomadas: Ana volverá aqui, mientras que el Baron... Ana! oh! cuánto deseo arrojarle á sus pies, implorando mi perdón! Porque desde que la he visto aqui, tan candorosa, tan tímida; al oir su voz dulce y penetrante.... Oh! quisiera ocultárnelo á mi mismo; pero creo que la amo: creo que daría mi vida por obtener su amor. (*mirando al tocador*) Qué veo! una carta! será para algun rival?... No: el sobre dice: «A mi perseguidor.» Por lo visto es para mí: veamos lo que me dice. (*lee para si*) Está irritada contra mí! qué haré para reconciliarme con ella?—Pero si no me engaña, alguien sube por la escalera! será ella! No... es un hombre!... quién será?

## ESCENA X.

MARCO y PRIOLA: *este sale por la derecha pálido y en el mayor desorden.*

PRIOLA, *sin ver al Conde.*

A Dios gracias he llegado.

MARCO, *aparte.*

Este es el futuro á quien birlé la silla de postas. El diablo le lleve!

PRIOLA, *sentándose.*

Quisiera encontrar á alguno que tuviese la

bondad de decirme a punto fijo, si estoy vivo o muerto: ya por mí no lo sé. Pero a lo que voy, el pñlico está de suerte! es verdad que yo me he entrado por la puertecilla del jardín.

MARCO.

La que yo le pido, ¿verdad? que tenga...  
PRIORI, *viendo Marco que se está durmiendo*.

Gracias que encuentro un ser humano.

MARCO, *aparte*.

Es preciso alejarme de aquí a todo trance...  
*alto*. Ah! sois vos, señor Priori! ¿a dónde va? no esperamos volver a verlos.

PRIORI.

Sois de la casa?

MARCO.

Si, señor!... Pero que es lo que os ha sucedido? venis todo el mudado.

PRIORI.

No me habéis dicho que me han pasado tantas cosas!... *cuando le ve a Marco*. Pero, calla! yo creí haberlos visto ya otra vez... no sé donde; pero de seguro os conozco ya.

MARCO.

No es difícil... pero estais ya mejor?

PRIORI, *sin dejar de mirarle*.

Figuras que a la salida de Parma me escamotearon la silla de posta.

MARCO.

Sin que lo conocieseis?

PRIORI.

Ya lo vi: pero fue tarde: así fue que tuve que venir corriendo la posta a pie, hasta que en un pueblecillo logré encontrar un jaco muerto, cojo, y con un paso... De seguro os he visto ya en otra parte: me recordais en este momento....

MARCO, *aparte*.

No acabará nunca, y si entre tanto viniese...

PRIORI.

Pero yo estaba furioso, y en nada reparé: lanceme exasperado sobre el paciente animal, volvía tomar el camino, y ya estaría aquí hace tiempo sino hubiera caído....

MARCO.

En el río?

PRIORI.

No: en manos de una partida de bandoleros.

MARCO.

Ah!

PRIORI, *sin dejar de mirarle*.

Que por mas señas estaban de un humor de

los diablos, porque habian estado no sé que golpe....

MARCO, *aparte, contentiendo la risa*.

Ay, ay! los mismos que yo disperse.

PRIORI.

Se arrojaron sobre mí como huitres... No hay duda en que vos os he visto otra vez: habéis sido por casualidad lad....

MARCO.

El?

PRIORI.

Perdonad: que es lo que estoy diciendo? Yo he advertido que era el hijo de Podesta de Padua; pero está en consideración solo sirvió para matarlos mas: me pidieron el dinero, yo monté en cólera, y a él por darme cuanto tenía, porque, amigo mío, la audacia casi siempre cuesta cara. Cada vez me voy convenciendo mas de que... Tenéis la bondad de decirme quien sois?

MARCO.

El jardinero del señor Barón.

PRIORI.

Pues, ¿a Paulo?

MARCO.

Ha abandonado su servicio.

PRIORI.

No es posible: era su criado mas fiel.

MARCO.

Es que... ha muerto.

PRIORI.

Ya, entonces, hay que darle la razón.

MARCO, *aparte*.

Pero no acaba de irse! estoy en dudas!

PRIORI, *calentando a saltarse*.

Pero... ¿el viejo y mi futura? donde es-  
tán?

MARCO.

Han ido a los jardines de Baboli, y si quereis encontrarlos...

Queriéndolo hacer salir.

PRIORI, *arrellanándose*.

Sin duda estaras impaciente, eh?

MARCO.

Hum!...

PRIORI.

Que es eso? cosas?

MARCO, *aparte*.

Se me ocurre una idea!

PRIORI.

Que quereis darme a entender con tanto misterio?

MARCO.

Es que... ya veis, el mundo da mil vueltas...

PRIOLI.

Sí: ya sé que es redondo.

MARCO.

Debeis saberlo, y por lo tanto, no estrañareis que la viuda...

PRIOLI.

Qué tiene la viuda?

MARCO.

Está indignada contra vos!

PRIOLI.

Por qué? porque no he logrado alcanzarla?

MARCO.

Seguro.

PRIOLI.

Está picada.

MARCO.

Pues! y os ha cobrado una aversion...

PRIOLI.

Solo por eso? no es posible.

MARCO.

Yo no queria deciroslo: pero ya que lo dudais, veremos si decís lo mismo despues de leer esta carta.

PRIOLI.

De la viuda! me ha escrito!

MARCO.

Leed, leed!

PRIOLI, leyendo.

«A mi perseguidor.» Eh? quereis decirme lo que he hecho para que me llame su perseguidor?

MARCO.

Ya lo sabreis; adelante.

PRIOLI, leyendo.

«Puesto que me seguís con tanto empeño...» Pues me gusta! no tengo yo la culpa, sino su tío que fue el que me metió en ello. Que injustas son las mujeres!

MARCO.

A quién se lo decís!

PRIOLI, leyendo.

«Voy á desengañaros de una vez, hablándoos con toda franqueza. Es cosa cruel que os empeñéis de ese modo en ostigar á una pobre mujer, queriendo poseerla á pesar suyo» A pesar suyo!

MARCO.

Sí: como ese casamiento se ha decidido sin consultar con su voluntad.

PRIOLI.

Pues eso «está viendo todos los días! (leyendo)» Esa conducta es digna de un hombre, que no se ocupa en otra cosa que en seducir

á todas las mujeres. «Hola! si la habrán contado alguna de mis aventuras!

MARCO.

Como habeis tenido tantas!

PRIOLI.

Así, así... (lee) «Renunciad á vuestros proyectos, no os presentéis nunca delante de mí, y este será el único medio de que lo olvide todo y os perdone.» Gracias por el favor!

MARCO, aparte.

Si yo mismo la hubiese dictado, no estaria mas á mi gusto.

PRIOLI.

Me han calumniado, jardinero! me han calumniado atrozmente! pero yo salvé justificarme y probar...

MARCO, llevándole invisiblemente hacia la puerta.

Pero eso no puede ser en este momento. Esa mujer tiene una cabeza volcánica!

PRIOLI.

Sí?

MARCO.

Os arrojaría de su presencia sin querer escucharos, y todo lo echabais á perder. Lo que debeis hacer es alejaros de aquí por algun tiempo; y... Dios mio! es ella! no oís el coche!

PRIOLI.

Vendrá acompañada de su tío?

MARCO.

No: debe venir sola.

Empujándole hacia la puerta.

PRIOLI.

Pues bien: aprovechó esta ocasion, me arrojó á sus pies, y...

MARCO.

No hagais tal.

PRIOLI.

Dejadme.

MARCO.

No veis que habiéndoos prohibido...

PRIOLI.

Por la misma razon.

MARCO.

Y os parece decoroso que os encuentre así de noche, en su misma alcoba...

PRIOLI.

Ah! es verdad, se indignaria: y luego, la buena moral, como me decia aquel bárbaro... el de la fonda de Parma. (aparte) Cuando digo que yo he visto á este hombre...

REBECA, dentro.

Una luz!

MARCO.

Huid!

PRIOU, aturdido.

Pero por donde?

MARCO.

Por ese lado.

Señalando a la derecha.

PRIOU.

Viene una mujer con luz.

MARCO.

¡Secondeos en ese balcón pronto!

PRIOU.

¡Se centeeidea! la cantare. «Yo son Tindoro...» acaso la comprometa: es el mas seguro medio de seducir a las mujeres.

MARCO.

Silencio.

PRIOU.

Me darris luego salida?

MARCO.

Inmediatamente que haya ocasion.

PRIOU, saliendo al balcón.

¡Está lloviendo a cántaros, y justamente hay aquí una canal... si tuvieseis la bondad de darme un paraguas!

MARCO.

Callad! *le encierra.* Muy cuando pase aquí toda la noche no perderá nada.

Se oculta en la alcoba.

## ESCENA XI.

DECHOS, ANA que sale por la izquierda y REBECA por la derecha con una luz.

ANA.

Rebeca! Rebeca!

REBECA.

Sois vos, Señora? pronto habeis dado la vuelta.

ANA, dejándose caer en una silla.

Dejadme respirar.

REBECA.

Se ha acabado ya la ópera?

ANA.

No sé: ni aun hemos entrado en el teatro.

REBECA.

A nuestro tío?

ANA.

Ha recibido orden de presentarse al gran Duque, y me temo que haya en esto algun objeto...

REBECA.

Que decís?

ANA.

Cuando llegamos a la casa del señor ministro

de la Guerra, un oficial abrió la portezuela del coche y dijo a mi tío: «Señor Barón, es preciso que me sigas: os han comprometido en un asunto de suma gravedad, y es necesario que os justifiques inmediatamente.» Mi tío dijo que era una calumnia, y que conocía muy bien que todo aquello era un complot fraguado por el Conde; pero todo fue inútil: le hicieron subir a otro carruaje, y solo tuvo tiempo para decirme que partiésemos mañana para nuestra casa de campo, adonde iría él a buscarnos.

REBECA.

Estoy aturdida.

ANA.

Mientras es: ¡cómo te este en Florencia, siempre crece tenerle a mi lado! y ahora que he conseguido separarme de mi tío, sin duda instantánea... cierra todas las puertas, Rebeca.

REBECA.

Bueno es precaverme.

Cierra las puertas.

ANA.

Y toma las disposiciones necesarias para la marcha. Mañana al rayar el día, partiremos, mamá, encendiendo en la alcoba una lamparilla.

Avisare a Jacobo. No queréis que os haga compañía?

ANA.

No: para qué?

REBECA.

Buenas noches. Si me necesitáis para algo, no tenéis mas que llamarme. No será yo quién me acueste.

Vase.

## ESCENA XII.

ANA, sola.

Que empeño y que constancia en perseguirme! nada le hace desmayar! Verdaderamente voy creyendo que me ama, y que no he tenido razon para tratarlo con tanta crueldad. Yo no sé por qué nos ofendemos de que un hombre nos ame, aunque, como el Conde, sea feo. Si yo hubiera podido hablarle una sola vez, le hubiera hecho comprender lo atrevido de su conducta, y cuán indigno es de un caballero, oprimir a una pobre mujer y contrariar sus inclinaciones. *se levanta.* Si, si... no quiero que lea esa carta: voy a rasgarla. Pero qué veo! no está ya! ha venido a buscarla, y acas-

so está aquí todavía viéndome y oyendo cuanto digo. Esto es horrible! no está una segura en ninguna parte! donde quiera hay ojos que... Rebecca! Rebecca!

Saló Marco de la adobe después de apagar la luz.

### ESCENA XIII.

ANA, MARCO.

MARCO.

No llaméis.

ANA, *aparte*.

Dios mío! es él! oh! no puedo tenerme en pie!... sola!... en medio de la noche!...

MARCO.

Ana?

ANA, *con terror*.

Caballero, no os acerquéis.

MARCO.

Nada temáis! yo os ofrezco no moverme de aquí; pero decidme una sola palabra, y os libro para siempre de mi presencia.

ANA.

Si: es su misma voz.... pero es una crueldad hablar de ese modo, y ocultar siempre el rostro.

MARCO.

Me negareis este favor?

ANA, *conmovida*.

Caballero: aun cuando semejante conversacion á esta hora y en este sitio, sea sumamente singular, os escucharé con tal que me prometáis no acercaros. Veamos lo que tenéis que decirme para sinceraros.

MARCO.

Sincerarme! no es posible, Señora: conozco que he sido muy culpable.

ANA.

Oh!

MARCO.

Si: tenéis razon cuando deciais hace poco, que es indigno de un caballero perseguir á una pobre mujer y contrariar sus inclinaciones. Pero si supierais cuánto os amo! oh! y en vano he querido desterrar este afecto de mi corazón.

ANA, *aparte*.

Bien! eso no depende de nuestra voluntad.

MARCO, *acercándose*.

En vano he resistido esta pasión vehemen-

te: en vano, escitado por mis amigos, quise engañarme y hacer objeto de mi orgullo y de mi vanidad á la mujer que sin saberlo adoraba; pero bien castigado he sido, Señora! porque vuestro recuerdo no se apartará nunca de mí, y seré el mas desdichado de los hombres.

ANA.

Caballero! me parece que os vais acercando!

MARCO, *alejándose*.

Ya sé que me aborrecéis, y la sola prueba que os puedo dar de mi amor, es libraros de mi presencia. Sin embargo, tendré valor para ello: en este momento parto muy lejos de vos, donde no volváis á oír hablar nunca de mí.

ANA, *enternecida*.

Qué decís?

MARCO, *acercándose*.

A ese precio, me refusareis el perdón de las locuras?

ANA.

Refusaros mi perdón! no, no!... pero marcharos al instante.

MARCO, *acercándose mas*.

Es sincero ese perdón?

ANA.

Si, muy sincero; y pero marchaos.

MARCO, *con timidez*.

Y si yo os pidiese una prenda....

ANA.

Una prenda....

MARCO, *alargando la mano*.

Vuestra mano en señal de reconciliacion y olvido.

ANA, *turbada*.

Mi mano!

En este momento encuentra el Conde la mano de Ana y se la coje rápidamente.

MARCO.

Ah! no la retiréis! este es el último instante que gozo de ventura en la tierra! porque conozco que no he de poder sobrevivir á vuestra pérdida, y ya no tengo otra esperanza que la de librarme de este suplicio eterno.

ANA, *aparte*.

Dios mío! (*abandonándole la mano*) No digais eso, caballero!

MARCO.

Qué tenéis, Ana? mis recuerdos no os per-



según: el único consuelo que llevaré conmigo, es el de que no habeis visto nunca al hombre que aborrecéis.

ANA, *aparte*.

Oh! se! ese es el mal.

MARCO.

Y ya... no le conoceréis nunca.

ANA, *aparte*.

Nunca! me dan tentaciones de volver!... ¡ve! quizá me haya engañado, pero no has luz....

MARCO.

Adios, Ana!

Resaca un poco. Ana! es el dolor que he dado a tu vida del dolor de la compasión.

ANA.

Ah!

MARCO.

Que hacéis?

ANA.

Rebecca, prende una luz.

REBECA, *dentro*.

Voy, voy.

MARCO.

Queréis el ligante a que os dejé ahí.

Y es que la puerta se cerró en el momento en que solo Rebecca con una luz que echaba sobre el fondo.

#### ESCENA XIV.

ANA, REBECA.

REBECA.

Que es eso, Señora? que ocurre?

ANA.

No está ya!

REBECA.

Quien?

ANA, *sin escucharla*.

No puede haber salido de aquí: todo está cerrado!

REBECA, *asustada*.

Habéis visto a alguien?

ANA, *atrayada*.

Si: un hombre que se ha introducido aquí, no sé como, que está oculto. Sin duda en el balcón....

REBECA.

Algun ladrón! voy a llamar a los vecinos: abre el balcón y grita: Lladron! ladron!... a Prohibe el balcón y da un grito, corriendo al lado opuesto donde está Ana. Ah! allí está.

ANA, *reconociéndole*.

No podía haberse escapado.

REBECA.

Es el pícaro duende!

ANA, *aparte*.

#### ESCENA XV.

REBECA, y PRIORI.

PRIORI, *cantando y tratando de jor*.

Yo soy Emboro....

ANA, *aparte*.

Hes!

PRIORI.

No he perdido más: solo: gota: dos canales se han cruzado: ¡oh!... mi cabeza! Ah! estoy hecho una sopa.

ANA, *aparte, intranquilo y suspirando*.

Ha e bien en no querer que le veáis.

PRIORI, *atrayendo la cabeza*.

Perdonadme, Señora, si me he entrado así... sin hacerme anunciar.

ANA.

Por qué os habéis escondido ahí?

PRIORI.

Por que? porque tenía miedo de desagradaros si me presentaba delante de vos.

ANA.

Entrad, entrad! no estáis ahí por mas tiempo.

REBECA.

Qué hacéis ahí?

PRIORI.

Ya veis: estoy cansado hasta los huesos, y no quiero presentarme en este estado....

ANA, *aparte, con tragar*.

Sin duda quiere llevar a cabo su horrible desquilo! *(chase adle entre las)* Venid aquí a mi lado.

PRIORI.

A mi lado!

ANA.

Os lo suplico! *aparte*. Qué fue es?

PRIORI, *saludando*.

Sois muy amable! *aparte*. Parece que no estáis tan enfadada.

ANA, *aparte, a Rebecca*.

Cierra el balcón: quiere arrojarse a la calle!

REBECA.

Virgen santa!

Quiere el balcón y se coloca delante de él.

PRIORI.

Permatid que me retire....

ANA, *deteniéndole.*  
 No: no saldréis de aquí.....  
 PRIOLI.  
 Señora! voy á pillar un catarro.  
 ANA.  
 Si no me prometéis renunciar á vuestro fatal proyecto.....  
 PRIOLI.  
 A mi proyecto!  
 ANA.  
 Si: yo os lo ruego.  
 REBECA.  
 Las dos os lo rogamus.  
 PRIOLI.  
 No os entiendo.  
 ANA.  
 Quereis suicidaros!  
 PRIOLI.  
 Yo! en la vida me ha dado semejante tentación.  
 ANA.  
 Si tal.  
 REBECA.  
 No lo negueis.  
 PRIOLI.  
 Me lo harán creer.  
 ANA.  
 No me lo habeis dicho hace poco, cuando estabais aquí á mis pies?  
 PRIOLI, *acalorándose.*  
 A vuestros pies!  
 ANA.  
 Si.  
 PRIOLI.  
 Pero..... si hace una hora que estoy encerrado en ese balcon! aquí estan mis vestidos que lo pueden decir.  
 ANA.  
 Oh! señor Conde! semejante negativa.....  
 PRIOLI.  
 Yo Conde!  
 ANA.  
 Si: os conocemos perfectamente.  
 PRIOLI.  
 Ya lo voy viendo. Con quién creéis que estais hablando, Señora?  
 ANA.  
 Con el conde Marco Grimani.  
 PRIOLI.  
 Con el conde Marco! ese calaveron!  
 REBECA.  
 El mismo se hace justicia.  
 PRIOLI.  
 Os juro que.....

ANA.  
 No penseis engañarnos: sois el conde Marco.  
 REBECA.  
 Así es.  
 PRIOLI.  
 Esto es cosa de volverse loco! Señora, yo soy Prioli... Prioli vuestro futuro.  
 ANA.  
 Prioli!  
 REBECA.  
 Está buena la salida.  
 ANA.  
 Eso es muy mal hecho, caballero! tomar el nombre de un rival...  
 PRIOLI.  
 Yo tomo lo que es mio: y aun cuando el mismo diablo sea el que nos traiga enredados, no podrá quitarme que yo sea un Prioli, e o-mo lo fueron mi padre y mi abuelo y...  
 ANA.  
 Será posible? (*aparte*) Esta no es su voz, ni ese su modo de hablar! aquí hay algun misterio...  
 DONATO, *dentro.*  
 Bien está, bien está. Cerrad todas las puertas.  
 ANA, *con alegría.*  
 Mi tío!  
 REBECA.  
 El Señor Baron.  
 PRIOLI.  
 Me alegro! así os convencereis...  
 ANA, *aparte.*  
 Quiéralo Dios!

# ESCENA XVI.

DICHOS y DONATO.

DONATO, *desde dentro.*  
 No dejeis salir á nadie.  
 ANA, *abrazándole.*  
 Tío!  
 REBECA.  
 A Dios gracias que os vemos.  
 DONATO.  
 Sí: y me atrevo á creer que he llegado á tiempo... (*viendo á Prioli*) Qué veo! Prioli.  
 ANA y REBECA.  
 Prioli!  
 PRIOLI, *con aire de triunfo.*  
 No lo decia yo.

DONATO.

De donde diablos sales ahora?

PRIORI.

Acabo de llegar de Inglaterra... por agua.

Señalando al balcón.

ANNA, *aparte, con alegría*.

Con que no era él?

PRIORI.

Pero no me quejo de mi desventura y trabajos: esta linda mano va a recompensarme.

DONATO, *con timidez*.

Su mano! lo siento mucho, querido; pero la mano de mi sobrina no es para ti.

PRIORI.

Como?

ANNA, *gozosa*.

De veras?

DONATO.

Ya lo ves! no te quiere.

PRIORI.

Eso no se consigue en un día.

DONATO.

A la pobre niña la han encantado, y a mi también, querido Priori, y cuando os cuento la aventura diabólica que acaba de sucederme...

PRIORI.

Una aventura?

ANNA, *con temor*.

Vuestro arresto...

DONATO.

Yo creí que iban á conducirme a la ciudadela; pero fue mucho peor! que complot infernal!

ANNA.

Pues que?

DONATO.

El carruaje a que me hicieron subir, me condujo indirectamente...

PRIORI.

A algún castillo?

DONATO.

No, a un magnífico palacio. Subo la escalera; entro, y veo...

PRIORI.

Soldados?

DONATO.

Una mesa magníficamente puesta, con veinte cubiertos, champagne...

PRIORI.

Que pedrada!

DONATO.

No es eso de lo que yo me quejo. En un instante me encontré rodeado de mis antiguos ca-

maradas, y entre ellos estaba también el gobernador, procurando interceder por su sobrino...

ANNA, *inquieto*.

El conde Marco?

DONATO.

Pero yo los rechacé con firmeza, los hablé serio, y... me senté a la mesa. Mientras yo comía bebía su decena palabra, ellos procuraban rendirme con toda clase de promesas y seducciones. El gobernador me decía: Vamos mi antiguo camarada, dejémonos de pleitos y renuncie a mis derechos, pero hagamos felices a esos muchachos. El Conde es un tarambana! gritaba yo. Pero todos me confundían.

Marco, en traje de noche, sale de por la puerta secreta y escucha con interés el avanzando lentamente el conde.

MARCO.

No puedo resistir más!

ANNA.

Como! y habéis podido resistir...

PRIORI.

Ha hecho bien! el Conde es un fatuo, un libertino... y si estuviese aquí, yo le diría...

MARCO, *decretando ya y cogiéndole la mano*.

Yo soy, caballero,

PRIORI, *dando un grito*.

Ah!

ANNA, *aparte, con temor*. PRIORI, *con temor*.

## ESCENA XVII

DICHOS y MARCO.

ANNA, *aparte, invitando a Marco y sonriéndose*.

Oh! es muy diferente!

DONATO, *aparte*.

Ya sabía yo que vendría.

PRIORI.

Esta cara me persigue por todas partes, y no hay duda que...

DONATO.

Aquí el conde Marco!

PRIORI.

El invisíble!

ANNA, *con timidez*.

Soy vos...

MARCO, *conmovido*.

Si, Señora: yo soy ese hombre a quien tanto aborrecéis, y que tiembla en este momento en que se va a decidir su suerte, porque

os adora, Ana ! Es cierto que os ofreci huir de vos ; pero no he tenido valor para cumplir mi promesa , y vengo decidido á disputar vuestro cariño al mundo entero. (*al Baron*) Si, señor, ese hombre á quien habeis elegido para esposo de Ana , ha de morir á mis manos.

PRIOLI, *aparte*.

Y me mira ! pues no soy yo.

DONATO.

Pues bien: mataos á vos mismo.

MARCO.

Es posible !

ANA.

Ah !

PRIOLI.

El viejo chochea !

DONATO.

A no ser que mi sobrina se oponga...

ANA.

No, no... tío ! Yo, solo tenia miedo del

Conde que conocia. (*mirando á Prioli*) Y luego , aborrecia demasiado al verdadero... para no acabar por amarle.

MARCO, *besándola la mano*.

Ah ! cómo haré para merecer tanta ventura !

PRIOLI, *aparte*.

Yo me abogo ! la ropa se me ha secado en el cuerpo ! (*alto*) Querido Baron , habeis partido muy de lijero ! esto no puede quedar así.

DONATO.

Eh !

PRIOLI, *gritando*.

No, y mil veces no. Caballero ! me debeis...

MARCO.

Una silla de postas ! ya está en vuestra casa.

PRIOLI.

En hora buena ! de otro modo... nos hubiéramos visto las caras.

FIN DE EL GALAN INVISIBLE.



# MUSEO DRAMÁTICO.

COLECCION DE COMEDIAS DEL TEATRO ESTRANJERO, EJECUTADAS EN LOS  
PRINCIPALES DE LA CORTE.

Lleva publicadas las comedias siguientes y por el orden que se espresa.

	Rs.		Rs.
La Tercera Dama Duende . . . . .	6	El robo de Elena. . . . .	5
El Ciego. . . . .	5	El hijo de Cromwell, ó una restauracion. . . . .	6
El Tio Pablo ó la educacion. . . . .	4	El Duque de Altamura. . . . .	6
La Penitencia en el Pecado. . . . .	6	¿Quién será su padre? . . . . .	4
Un Soldado de Napoleon. . . . .	4	¡Es un niño! . . . . .	4
La Hija de Cromwell. . . . .	5	De una afrenta dos venganzas. . . . .	6
Un Casamiento provisional. . . . .	5	Pedro el Negro. . . . .	6
En Paz y jugando. . . . .	5	El Hijo del emigrado. . . . .	6
Arturo, ó los remordimientos. . . . .	5	Por no escribirle las señas. . . . .	5
Una Audiencia secreta. . . . .	6	El secreto de una madre. . . . .	6
Trapisondas por bondad. . . . .	5	El Ingeniero ó la deuda de honor. . . . .	6
Un Quinto y un párvulo. . . . .	5	Enrique de Trastámara, ó los mineros. . . . .	6
Ricardo el negociante. . . . .	6	Un mal Padre. . . . .	6
El Marido desleal. . . . .	6	La ópera y el sermon. . . . .	4
Los Celos. . . . .	6	Caer en el garlito. . . . .	6
El Idiota. . . . .	6	El amante misterioso . . . . .	4
Las Cartas del Conde-Duque. . . . .	4	Dos muertos y ningun difunto . . . . .	4
Dalifax, ó pícaro y honrado. . . . .	6	La Favorita. . . . .	6
La posada de la Madona. . . . .	6	Actriz, Militar y Beata. . . . .	6
Caer en sus propias redes. . . . .	4		

La direccion del Museo Dramatico se halla establecida en la calle de la Gorguera, núm. 15

## ADVERTENCIA.

El Editor persiguirá ante la ley al que reimprima ó represente esta comedia, sin haber satisfecho la propiedad, con arreglo á las reales órdenes de 8 de Mayo de 1857 y de 16 de Abril de 1859.

Imp. de D. PEDRO MORA Y SOLER, calle del Fomento, n. 7.